

CAPÍTULO XVII.

Último período del siglo XVIII.—Efectos de la transformación política y moral en la literatura.—El padre Fernandez.—La política absorbe la atención pública, y daña á la cultura literaria.—Arroyal.—Extravíos de la pasión política en algunos poetas.—Marchena.—Blanco.—Otros, aunque arrastrados por el impulso de las ideas de la revolución francesa, conservan intacto el amor de la patria.—Villanueva.—Vargas Ponce.—Jérica.—Beña.—Mor de Fuentes.

«Desde los últimos años de Carlos III, la actividad literaria se ha ido amortiguando cada vez más, y en el caso de explicar las causas, tendríamos que buscar una buena parte de ellas en casa de nuestros vecinos (los franceses).» Esto escribía Quintana en 1804 (1). Su gran instinto le decía que las nuevas doctrinas propaladas por la revolución francesa habían empezado á quebrantar las ideas y los sentimientos tradicionales del pueblo español, y que esta turbación moral había influido gravemente en la literatura nacional. El mismo Quintana confiesa, en otra parte, que el fondo de los impulsos exaltados de *Cienfuegos* «está tomado de la filosofía francesa.» Forzoso era que esta influencia exótica de ideas de renovación y de libertad, inciertas y confusas, pero activas y agitadoras, produjera en el ánimo de algunos, tales como *Cienfuegos*, pensamientos generosos, mezclados con errores é ilusiones; en el ánimo de otros, tendencias de indisciplina, que amenguaban la fe y el patriotismo. Ya, en la era de Carlos III, cuando empezaban á sentirse los primeros efectos de la transformación política, las almas timoratas se alarmaban al ver desvanecerse sucesivamente el espíritu antiguo, y llamaban impíos á aquellos que, ya por el estudio de libros extranjeros, ya por genial desenfado, se iban empapando en el espíritu desmandado que cundía por la Europa entera. *Casada*, por ejemplo, de quien ya hemos hablado, hombre de sano espíritu, pero un tanto maldiciente, y del todo intolerante con las flaquezas, como con las innovaciones humanas, escribe de este modo á *Forner*, dándole cuenta, cual solía hacerlo, del estado de las letras en Salamanca:

Quiero dar razón á Vmd. del estado en que hoy se halla la academia *Cadállica*. Ya dije á Vmd. el rompimiento de *Batilo* (Melendez), de quien nada puedo decir con seguridad; sólo que, si no ha mudado de conducta, hará infelices á cuantos trate.

Arcadio (Iglesias) está muy bien hallado con su alma corva. Dice que á nadie ha de dar cuartel mientras no mude de naturaleza.

Arroyal es digno de compasión; pero no lo son sus asociados, pues en él no caben las máximas de impiedad que en los dos primeros.

Este mismo tono acerbo y apasionado, que se empleaba para caracterizar á los que daban el más leve indicio de apartarse del rancio espíritu castellano, contribuye á hacer comprender la profunda conmoción intelectual que hubo de producir en España la invasión casi repentina de los principios de la filosofía escéptica francesa. Era acaso imprescindible ley histórica que entonces penetrase entre nosotros aquel espíritu de duda y de indisciplina, que desnaturalizaba el castizo ser moral de los españoles, no incompatible con la parte sana que podía haber en el fondo de aquellas doctrinas innovadoras, que el tiempo habría introducido sin violencia y con mayor eficacia y verdad en nuestras ideas y en nuestras costumbres. Pero cupo á la escuela salmantina el triste honor de ser la primera que introdujese aquel alterador espíritu de extranjera ralea. Ella inoculó en nuestro idioma el tinte afrancesado que todavía conserva, y conservará hasta que vuelva para España uno de aquellos gloriosos períodos en que las naciones viven, piensan y hablan con costumbres genuinas, con propias ideas, con nacional idioma; de ella salieron los hombres que más se señalaron entre nosotros como sectarios de los enciclopedistas y de los jansenistas.

Fray Diego Gonzalez fué el último de los escritores salmantinos que conservaron acendra-

(1) *Variedades de ciencias, literatura y artes*, tomo III.

da é incólume, así en el pensar como en el decir, la savia que había dado tan gloriosa vitalidad intelectual y guerrera á los españoles de otros tiempos. Cualquiera desvío de la castiza senda repugnaba á su noble naturaleza (1). Del propio modo le disgustaba cualquiera injusticia cometida con hombres de perniciosas doctrinas, aunque ellos fuesen tan señalados como el mismo Voltaire (2). La generación que le siguió, se presentó ya en la palestra literaria contagiada del nuevo espíritu que habían traído á España los libros de los filósofos franceses. Al lado mismo de *fray Diego*, y en su propio convento, germinaba el impulso escéptico. Testimonio de ello es *fray Juan Fernandez*. Á pesar de la diferencia de edad que entre ellos mediaba, unió á *fray Diego* una amistad verdaderamente fraternal con el padre Fernandez, en cuyos brazos espiró. De los muchos versos que compuso, se ha perdido la mayor parte. Suya es la égloga á la muerte del maestro Gonzalez, publicada al fin de las poesías de éste. Adoptó el nombre poético de *Liseno*. *Jovellanos* le demostró siempre afecto y aprecio. *Fray Diego*, que le amaba de veras, compuso una oda en honor suyo. Fué profesor de filosofía en Toledo. Escribió el célebre libro satírico titulado *La Crotalogía, ó ciencia de las castañuelas* contra la moderna pedantería científica. Se conservan varias poesías manuscritas del padre Fernandez (3). Todas ellas son frías é infelices. Sólo merece conservarse, á pesar de su escasísimo valor literario, el siguiente epigrama. Por mucha amplitud que quiera atribuirse á los fueros de la poesía satírica y festiva, no deja de ser un indicio de la audacia moral que había penetrado en la España de Carlos III, el desenfado con que el respetable padre Fernandez habla de cosas que debían inspirarle veneración profunda:

Trabajos tiene el mundo
Muy extraños y atroces:
El rey desasosiegos,
El príncipe embaidores,
El privado lisonjas,
El ministro traiciones,
El papa su conciencia,
El cardenal amores,
El obispo sus pajes,
El cura sus pasiones,

El mercader naufragios,
El soldado los choques,
El labrador mal tiempo,
El ciudadano el porte,
El pobre su pobreza,
El rico sus doblones;
Y aún tengo yo más penas
Que todos estos hombres....
¿Me preguntas qué tengo?
Soy cuerdo, fraile y jóven.

Desde que *El Censor* (1785), primer periódico verdaderamente político del reinado de Carlos III, manifestó, según el lenguaje de Sempere, «miras arduas y arriesgadas», hablando de los vicios de la legislación española, de los abusos introducidos con pretexto de la religión, y de los errores políticos (4), no fué ya fácil poner coto al arrojamiento en el pensar; cosa de que hacían gala algunos escritores de la falange innovadora. La crítica se empleaba apasionadamente contra libros autorizados. Un fraile extremeño, *fray Pedro Centeno*, autor de la re-

(1) Todo escrito de gusto depravado y de doctrina heterodoxa causaba amarga impresión en el ánimo de *fray Diego*. Hé aquí, por ejemplo, lo que escribía al padre Miras en Abril de 1777:

«Incluyo un ejemplar de la *Pensatriz salmantina* para que veais cómo piensan aquí los tontos que afrentan este suelo de Minerva. Lo más gracioso es que hay certeza, según los más, de que *La Pensatriz* es producción del mismo aprobante censor.... Es predicador de su colegio, y muy místico. ¡Quién lo creyera!»

(2) Así escribía *fray Diego* á *Jovellanos*:
«Hé leído con sumo gusto el juicio de Vmd. sobre las luces y las tinieblas del autor de la *Henriada*, harto más justo que el que he leído en el *Dic-*

cionario de los tres siglos, cuyo autor, con mucha pena suya, reconoce un cortísimo mérito en aquel gran genio, y destroza lastimosamente su *Henriada*; lo que no pudo, en mi juicio, hacerse sin grandísima injusticia. Es propio carácter de los hijos de la luz el hacer siempre honor á la verdad, aplaudir el mérito donde quiera que se halle, y venerar los dones de Dios, aun cuando los dividan en los hijos de las tinieblas. Salamanca, 7 de Abril de 1778.» (Cartas autógrafas de *fray Diego* á *Jovellanos*. Colección del Marqués de Pidal.)

(3) Papeles de *Jovellanos*. Colección del Marqués de Pidal.

(4) El discurso 79 dió motivo á la suspensión de esta obra periódica.

vista crítica *El Apologista universal*, sostiene con vehemencia, en una carta dirigida al regente de una escuela de niñas (7 de Agosto de 1789), que los catecismos de *Ripalda* y *Astete* están llenos de patrañas y herejías (1).

Por los años de 1795 y 1796, el sacudimiento moral de la revolución francesa tenía comovida á España de tal suerte, que, contra la costumbre de épocas anteriores, todas las clases del pueblo español vivían con cierta curiosa ansiedad, que paralizaba, cual suele acontecer en épocas semejantes, el natural movimiento de la vida industrial é intelectual. En las cartas del padre *Estala* á *Forner* hallamos de ello un testimonio tanto más claro y expresivo, cuanto más íntimo es el lenguaje que emplea el ilustrado sacerdote. Copiamos aquí el siguiente párrafo, por el interés histórico que encierra:

Quando vengas (*Forner* se hallaba en Sevilla), no conocerás este mundillo. Pasó el siglo de la literatura. Yo he hecho un ensayo de esta verdad en el *Diario*, poniendo una carta á favor del teatro, y despues impugnándome á mí mismo. La misma sensacion ha hecho el pro que el contra. Todos se han metido de hoz y de coz á políticos. Todo es hablar de noticias, de reformas, de arbitrios, etc. Vénte, pues, con literaturas á esa genticilla, y ya no entenderán tu lenguaje. Hasta los mozos de esquina compran la *Gaceta*. En las tabernas y en los altos estrados, junto á *Mariblanca* (2) y en el café, no se oye más que batallas, revolucion, convencion, representacion nacional, libertad, igualdad. Hasta las.... (mujeres perdidas) te preguntan por Robespierre y Barrère, y es preciso llevar una buena dosis de patrañas gacetales para complacer á la moza que se corteja. ¿Crees recargado este retrato? Pues vén acá, y verás lo que es bueno (3).

Esta imágen de una sociedad inquieta y afanosa por las novedades políticas, que parece como un reflejo anticipado de la sociedad española del tiempo presente; hasta el desenfado con que se explica el respetable padre *Estala*, de las Escuelas Pías, escribiendo al no ménos austero fiscal de la audiencia de Sevilla, son las demostraciones más patentes del profundo cambio que habian experimentado en pocos años las ideas y las costumbres de la nacion, poco há tan circunspecta y sosegada. El afán político llegó á dominar la sociedad entera, y cuando esto sucede, ¡adios el entusiasmo de las artes, adios los puros y nobles deleites de las letras!

Consagramos ahora un somero exámen al mérito de algunos poetas, en cuyas obras ejerció más ó ménos directo y eficaz influjo el desmedido y no bien encaminado espíritu político de aquel período de violenta transicion.

Al grupo de literatos de que formaban parte principal los dos escolapios el padre *Estala* y el padre *Navarrete*, don *Leandro de Moratin*, don *Juan Antonio Melon*, y otros jóvenes estudiosos, pertenecia igualmente el poeta don *Leon de Arroyal*, imitador de *Cadalso*, *Villegas* y otros. Era uno de aquellos mozos aventajados al acabar sus estudios de escuela, que, sin vocacion intensa y verdadera, y sólo por casualidad, por engreimiento ó por moda, entran desatentadamente en la carrera de las letras. Como carecia de alma poética, y ésta no podia señalarle con íntimo y poderoso impulso la senda de la inspiracion, *Arroyal* cultivaba á un tiempo géneros de contraria índole, la oda y el epigrama, que requieren facultades geniales privativas, casi nunca hermanadas en el entendimiento de aquellos que nacen poetas.

El gusto y el estilo de *Arroyal* son pobres y vulgares, y mal definidas en todo sus tendencias y doctrinas. Comprende tan mal el espíritu de los géneros literarios, cuya clasificacion respeta y sigue, que da algunas veces á la poesia anacreóntica, juguetona y risueña entre todas, cierto color histórico ó filosófico. Lo mismo escribe odas anacreónticas *A Carlos V* ó *A la Muerte*, que *A la Noche-buena* ó *A las bodas de Lisida*. Aunque laborioso é instruido, es tal la inseguridad de su gusto literario, que no repara en la impropiedad que comete mezclando, en sus odas, costumbres y nombres del paganismo griego y del cristianismo contemporáneo. Así, por ejemplo, no teme decir:

(1) Se conserva autógrafa entre los papeles de *Forner*.

(2) La antigua fuente de la Puerta del Sol.

(3) Carta autógrafa de *Estala* (1795). Papeles de *Forner*.

Aristómenes (1) baile
Con la muchacha *Petra*,
Y cómanse castañas
Y apúrense botellas.

Unas veces austero en las ideas morales, otras laxo y despreocupado, demuestra que se halla en uno de esos períodos de inquietud y de renovacion, en que se quebrantan los principios antiguos, léjos todavía del triunfo y afianzamiento de las doctrinas invasoras. El traductor fervoroso del *Oficio parvo* y del *Oficio de los difuntos* moteja continuamente al clero, se burla del matrimonio, y se ensaña con los nobles, que era moda atacar por aquellos dias. La amortizacion eclesiástica, los mayorazgos, el gran número de iglesias, hasta las academias le enfadan. En la severidad del censor asoma algo del escéptico volteriano, y como el estro epigramático de *Arroyal* es escaso, no sabe disimular con el donaire la amargura de la leccion, y cae en los errores vulgares ó en las declamaciones insensatas de los tribunos de café. Así dice, por ejemplo, en un epigrama contra el lujo:

Quando miro tus galas ostentosas,
Juan; cuando veo tus soberbios coches,
Con razon me horrorizo, pues conozco
Que todo ello es sangre de los pobres.

La idea de la corrupcion de la nobleza habia tomado en el ánimo de *Arroyal* el carácter de una ridícula manía. No se contenta con tildar á los nobles de ignorantes; los llama *perversos* y *malvados*; y sin embargo, tiene que confesar la gloriosa parte que toman en la defensa de la patria, y cuando la ocasion le parece buena, no se descuida en blasonar de hidalgo origen.

La mayor parte de sus epigramas están escritos en chocarrero y descarado lenguaje, y cuando se refieren á instituciones ó costumbres que no aprueba, ó que no cuadran con las flamantes preocupaciones liberales, con cínica y brutal dureza, bien distante por cierto de la delicada ironía, que es el arma lécita y poderosa de los verdaderos epigramatistas (2). Debió, no obstante, á sus epigramas la limitada y pasajera gloria que alcanzó durante su vida. *Wolf* elogia la sencillez de *Arroyal*. Nosotros no podemos hacer otro tanto. La sencillez de *Arroyal* no es la naturalidad noble, embelesadora é inefable de almas poéticas como la de *Garcilaso* y *fray Luis de Leon*. Es la llaneza trivial y prosáica de los que carecen de estro y de entonacion.

Hay dos hombres que llevaron hasta el frenesí, hasta la apostasia, hasta el olvido de los sentimientos de la patria, el trastorno que produjo en su alma la seducción de las doctrinas revolucionarias francesas: *Marchena* y *Blanco*. Ambos, si bien caminando por distinta senda, dan completa idea de la violencia de aquel sacudimiento moral, y del terrible estrago que produjo en ánimos impetuosos.

Marchena, nacido y criado en una modesta ciudad de labradores (3), hijo de padres piadosos, que lo destinaban á la carrera del sacerdocio, y educado con los más sanos dogmas de la moral y de la religion, en vez de sentir aversion á las osadas máximas de la revolucion francesa, tan opuestas al espíritu que reinaba en torno suyo, las acoge entusiasmado, llama, á los veintinueve años, la atencion de las gentes con el arrebató de sus ideas impías, y se expatria

(1) Llevó este nombre el famoso general griego que suscitó la segunda guerra de Mesenia.

(2) Ejemplos:

CONTRA EL MATRIMONIO.
De comer setas han muerto
En una casa hasta el gato;
¿Dónde las venden, Juanito?
Haré á mi esposa un regalo,

CONTRA LA NOBLEZA.

A un marqués.

Si es la gran semejanza de costumbres
La que forna y estrecha los amigos,
¿Qué me admira, Marqués, que los malvados
Tan bien se encuentren y se estén contigo?

(3) Utrera.

gozoso á Francia *en busca de la libertad*. Allí le reservaba la Providencia los amargos engaños y las duras lecciones de que le habian hecho merecedor su imprudencia y su desvarío. Fenómeno parece que en un rincón de la España creyente y morigerada pudiera desencadenarse repentinamente ese espíritu desmandado, esa pasión frenética de impiedad y de temerarias innovaciones. El ardor idiosincrático de *Marchena* no basta á explicar este fenómeno aparente. Causas generales, y no individuales, son las que producen estas misteriosas influencias históricas, que, cuando llega el día de la explosión, aterran y sorprenden.

El espíritu de renovación y de protesta política y social, cuya primera manifestación, imponente y clara, si bien todavía cauta y contenida, fué el *Diccionario histórico y crítico de Bayle*, había cundido también en España, aunque con menor ímpetu que en Francia, muy á los principios del siglo XVIII. Allí servían de velo á la amenazadora tormenta el brillo alucinador del fausto y de los placeres cortesanos, y el barniz literario con que se cubría el alambique escéptico por donde pasaban, perdiendo lustre y fuerza, las bases morales de lo presente y los gloriosos prestigios de lo pasado; aquí, en España, servían de velo, y asimismo de saludable rémora, la vigilancia eclesiástica, el sentimiento monárquico y la consistencia de las costumbres. El padre Feijóo, circunspecto y creyente, pero devorado al mismo tiempo por su afanoso anhelo de disipar hasta la última sombra de las preocupaciones populares, era la representación perfecta del espíritu de examen crítico-especulativo que precede á los grandes trastornos del mundo moral. Macanaz, Chumacero, Aranda, Campománes, Marina, Cabarrús y muchos otros levantaron este mismo espíritu á la esfera de la acción política. De la negación hipotética que llevan consigo la duda y el examen, se había pasado en Francia á la negación absoluta, sin escrúpulo y sin rebozo. Los enciclopedistas, con la balumba de su arrogante presunción científica; Rousseau con la antorcha destructora de su pasión y de su elocuencia, y más que todos ellos, Voltaire, con la fuerza corrosiva de su frío análisis y de su ironía filosófica, habían derrumbado el edificio espléndido donde se abrigaban en otro tiempo la fe, la gloria, el poder y hasta el espíritu popular. Era aquella edad el período más crítico de la transformación histórica en los últimos tiempos. En balde pugnaron en España las fuerzas reunidas de la tradición, de las creencias, de los respetos consagrados (1); el torrente demoledor pasó también por nuestro suelo, y toda la historia española del siglo XIX no es más que la consecuencia necesaria de aquella latente pero tremenda conmoción.

Una parte de la juventud española recibió con avidez aquellas ideas contagiosas, en cuyo fondo descubría, aunque confusamente, principios de equidad y de moral grandeza. La mocedad no sabe definir, ni tasar en su valor verdadero, aquello que halaga sus instintos de actividad, de renovación y de audacia. Dejábase arrastrar entonces por el mágico sonido de la palabra *libertad*, cuyo eco seductor no ahogaban todavía los torrentes de sangre que en nombre suyo derramaron los tiranos de la revolución francesa.

Ejemplo insigne de este alucinamiento fué entre nosotros el joven *don José Marchena*. La apacible influencia de los estudios propios de la carrera eclesiástica, en la cual no pasó de las órdenes menores, no alcanzó á moderar sus ímpetus irreflexivos. El soplo de la revolución francesa inflamó su temeraria fantasía; las nuevas ideas fueron para él, más que una doctrina, una impresión. Su índole desmandada y su condición impetuosa le impedían comprender la terrible responsabilidad que implica el desquiciamiento repentino del asiento moral en que descansa toda sociedad organizada, cualesquiera que sean sus condiciones constitutivas. Mal avenido con las trabas orgánicas de todo linaje, una de las doctrinas canónicas que sirvieron de blanco á sus ataques fué el celibato de los sacerdotes católicos. En edad harto temprana para deliberar con la cordura y la madurez necesarias acerca de doctrinas tan enlazadas con pasiones mundanas, escribió á su maestro, á quien respetaba todavía, una

(1) Como recuerdos de esta lucha, pueden citarse *La falsa filosofía* y otros libros del siglo pasado.

larga carta relativa á aquella escabrosa materia. Esta carta, impregnada de espíritu protestante, es un curioso documento de la pasión revolucionaria y pseudo-filosófica, que tan fácilmente brotaba en aquel período de agitación moral (1). Sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin tino y sin exactitud, teorías doctrinales sugeridas por el espíritu rebelde, que se entronizaba en la región, ántes serena, de nuestras creencias y de nuestros sentimientos morales; sentimentalismo filosófico á la francesa; arranques de poesía novelesca; todas las armas de frágil temple, pero de brillante apariencia, que suelen emplear las imaginaciones extraviadas, fueron prodigadas á manos llenas por el joven *Marchena* para combatir el principio canónico del celibato sacerdotal, que otros defendían con fervoroso ahinco, y principalmente para dar libre rienda á la rencorosa aversión que sentía contra los institutos monacales (2). Y lo más singular es que, al escribir esta osada y vehemente invectiva, no tuvo *Marchena* más propósito que el de sincerarse con su maestro, el cual tachaba de heterodoxas las doctrinas del descaminado mancebo (3).

Lanzado *Marchena* á todo trance en un camino avieso y peligroso, no quiso habérselas con la Inquisición alarmada; y así, le vemos, sin sorpresa, engolfado más adelante en las turbaciones desastrosas y en los azares de la revolución francesa. Monsieur Thiers dice de *Marchena* que *había ido á Francia en busca de la libertad* (4). Tristes lecciones hubo de recibir en su patria adoptiva aquel mozo entusiasta, que había ido á tierra extraña en pos de la soñada realidad de sus quiméricas ilusiones. Largo y duro encarcelamiento (5), proscripción del territorio francés, persecuciones que le obligaron á vagar disfrazado de soldado, con riesgo

(1) Entre las obras que por aquellos días se habían publicado para sostener la doctrina del celibato eclesiástico, como la más pura y la más conforme á la vida mística y contemplativa, merece citarse especialmente la que, en 1783, imprimió en Bolonia el jesuita expulsado don Manuel Antonio Meliá y Ribelles, la cual más adelante tradujo el mismo en castellano:

Excepciones de la virginidad evangélica, en tres libros, con una breve apología del cristiano celibato, contra los filósofos de nuestros días. Madrid, por don Benito Cano, 1790; en 8.º

Esta obra fué muy alabada por las *Efemérides literarias de Roma* (1784) y por el célebre Tiraboschi.

(2) Ya en la primera mitad del siglo se advierten síntomas claros de antipatía á los frailes en los escritos de hombres muy ilustrados de aquel tiempo, como don Luis José Velazquez.

(3) Así empieza la carta de *Marchena*: «Confesaré á usted que me ha sorprendido su respuesta sobremanera. Ciertamente, si viniera de un hombre oscuro, no me incomodaría mucho; pero ¡un literato estimable, un catedrático de Sagrada Escritura, que califica mis máximas de perversas, de opuestas al espíritu del Evangelio!..... esto debe alterar á un hombre que no sólo se dice, sino que es realmente discípulo de Cristo, y se precia de tal. Todos estamos obligados á confesar nuestra fe delante de los hombres cuando se duda de ella. Si no fuera por esta sagrada obligación, no me tomaría el trabajo de escribir una contestación de teología, ciencia tan distante de mis estudios. No tenga usted, por tanto, esta carta por de esa especie, sino más bien por una

profesión de fe, dirigida á un sabio que ha dudado de la pureza de mi creencia.»

En seguida, con claras muestras de asentimiento, pone en boca de un teólogo protestante un razonamiento declamatorio en favor del matrimonio de los clérigos. ¡Extraña profesión de fe para un estudiante español, que intenta justificar sus principios religiosos ante un teólogo católico!

Tenemos á la vista la carta autógrafa de *Marchena*. Diez y siete páginas extensas. Don Joaquín María Sotelo, que poseía esta carta, puso al pie de ella una nota, por demás severa, acerca de la capacidad de su autor. Sotelo, inflamado por su rectitud y por su austeridad religiosa, llevó su opinión hasta la injusticia. La carta de *Marchena* es la obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores; pero en medio de la obcecación, tiene trozos llenos de color y de brio. (Esta carta forma parte de los autógrafos de escritores ilustres que dejó entre sus papeles don Juan Pablo Forner.)

(4) *Barbaroux, Pétion, Salles, Louvet, Meilhan, Guadet, Kervélégan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, jeune espagnol, qui était venu chercher la liberté en France; Riouffe, jeune homme attaché par enthousiasme aux girondins, composaient cette troupe d'illustres fugitifs, poursuivis comme traitres à la patrie.* (Monsieur A. Thiers, *Histoire de la révolution française*, chapitre XXIV.)

(5) Tallien mandó encarcelar en Burdeos á los girondinos, entre los cuales se hallaba afiliado *Marchena* (Octubre de 1794). Después los envió á los calabozos de la *Conserjería* de París, donde permanecieron hasta la caída de Robespierre.